

Abuso en la cátedra

Nerea N

Abuso en la cátedra



Capítulo 1

Abuso en la Cátedra

Ocurrió no hace mucho tiempo, que un profesor de nombre Rodrigo, que además era el director de la escuela, se encaprichó con Karen. Le hacía la vida imposible. Era implacable con ella, le daba notas inferiores a las que merecía, le hablaba en mala forma y muchas otras maldades e injusticias que muchas veces los profesores cometen con sus alumnos. Finalmente la había amenazado con no dejarla entrar al día siguiente, salvo que viniera acompañada por su tía, la cual, en ausencia de sus padres, era su tutora legal.

Karen sabía que no había hecho nada malo, y su amiga Lilian, que nunca pudo sacar 10 en Química, pero que veía con luz larga, un día le dijo:

—Ese profesor lo que está es puesto para ti. Que tú le gustas, es eso. Espera y lo verás —le dijo claramente—. Dicen que el tipo acostumbra a chantajear a las alumnas para acostarse con ellas.

—A Karen le dio asco aquella idea. Aquel señor que le triplicaba la edad era todo lo contrario de lo que ella valoraba en un hombre, él era la antítesis del gusto.

Al día siguiente, cuando Karen se apareció en la escuela sin su tía, él se le acercó y le dijo muy bajito:

—Sabes que soy el director y además tu profesor. Si yo quiero hoy tú no entras, si yo quiero no entras más a este colegio hasta que vengas con un familiar, pero hoy me siento generoso. Ya me arreglaron el coche. Si al final de clases vas a dar una vuelta conmigo, seguro que todo se me olvidará.

Ella no le respondió, pero de sus ojos color café salió una mirada que cual afilado puñal atravesó sus grandes ojos de sapo.

—Hoy entras, pero mañana lo harás si piensas en lo que te he dicho, si no, no entrarás. Ella se dio la vuelta y salió tan deprisa que tumbó una maceta con hojas de arecas que estaba en el pasillo.

Karen poseía el don de pasar inadvertida. Si hubiera sido una mirona, se hubiera puesto las botas.

La cátedra de Química tenía un pequeño laboratorio contiguo. Eran dos habitaciones, separadas por libreros enormes, repletos de libros, pero una sola puerta para entrar y salir. Se le permitía a los estudiantes copiar archivos de la computadora que estaba allí dentro y que era una de las

pocas que funcionaba en la escuela.

Karen estaba copiando el resumen de una conferencia sobre sustancias catalizadoras a la que no había podido asistir, y que lo habían dejado allí para que lo metieran en un pendrive y se estudiaran el contenido, que con toda seguridad iría a examen. El ordenador estaba en la primera habitación, a mano derecha, detrás de otros dos grandes libreros. En la segunda, varios microscopios, probetas y otros enseres típicos de la materia. De pronto Karen vio entrar a Nicoletta. Lo hizo con prisa y mirando hacia afuera, como temiendo que alguien la estuviera vigilando. A los pocos minutos entró el profesor Rodrigo y cerró la puerta. Ninguno de los dos advirtió su presencia, pues se encontraba en el punto más oscuro de la habitación, oculta, entre aquellas enormes estanterías de libretas, diccionarios, enciclopedias, tratados y carpetas llenas de papeles.

Ella apagó el monitor y no se movió. Desde el lugar donde estaba no podía ser vista por ellos, sin embargo, ella sí que los veía bien a los dos.

—Rodrigo —dijo Nicoletta —necesito que me apruebes el examen de Química.

— ¿Y el inteligente de tu novio? ¿No te ha podido dar un buen repaso?

—Estamos disgustados. Yo creo que quiere cortar conmigo. Seguro que hay otra guarra que le gusta. No tengo pruebas, pero estoy casi segura que es una chica blanca, de pelo moreno, que empezó este curso. El otro día dije algo de ella delante de él y la defendió a capa y espada. Sé que es eso y sé que le gusta, pero tampoco me muero por él. Bueno... nada, dime si me vas a aprobar.

—Eso depende.

—¿Qué quieres Rodrigo? Te voy a dar lo de siempre.

—No, lo de siempre no. Hoy necesito más. Hoy quiero más

—¿Qué más quieres que quitarme el sujetador y dejar que me toquetees las tetas y que casi metas mis pezones en tu garganta? La última vez me dejaste las tetas llenas de chupetones. Tuve que decirle a mi novio que tenía la regla y que no podíamos hacer nada, para que no me viera.

—Quiero acostarme contigo —le dijo con aquella voz de loro viejo.

—Ni lo sueñes. Eso no. Nunca jamás. Me voy —. Ella se dio la vuelta, pero la voz ronca de su maestro le advirtió:

—Entonces prepárate bien para el examen extraordinario, porque soy yo quien revisará los trabajos, y creo que vas a repetir el curso.

—Eres un hijo de puta ¿sabes? —dijo ella volteándose hacia él.

—De toda la vida, pero al final tú decides, si te la dejas meter por un hijo de puta o repites otra vez y nunca en tu vida entras a la universidad. Y no te preocupes que la puerta está bien cerrada.

— ¿Tienes preservativo? Preguntó Nicoletta.

—Yo siempre tengo. Desnúdate ahora, y cambia esa cara.

La chica vaciló durante un instante, pero finalmente comenzó a quitarse los zapatos, la blusa y la falda azul del uniforme. Después se llevó las manos atrás y desabrochando el cierre, se quitó el sujetador y lo dejó caer. Finalmente se quitó la braga.

¡En verdad que era guapa aquella chica! Ahora estaba completamente desnuda. El pelo rubio le caía por los hombros, rozándole ambos pechos, blancos y empinados, con unos pezones que parecían dibujados. El vientre totalmente plano, las anchas caderas, un ombligo poco profundo desde el cual salían en hilera unos finos vellos en forma descendente que llegaban a formar un triángulo tan perfecto que hasta Venus la hubiera envidiado. Karen pensó que era una verdadera pena que una bestia se aprovechara así de una mujer. Pero ella había consentido. De alguna manera se estaba prostituyendo y era su decisión. Si aquel animal hubiera intentado violarla, ella hubiera intervenido para evitarlo, pero se trataba de un acuerdo entre un hombre y una mujer, ambos mayores de edad.

Rodrigo se acercó y le pidió que se acostara en el suelo. Ella lo hizo, con las piernas semi cerradas y ligeramente levantadas, con las plantas de sus pies tocando la fría y dura superficie. Él recogió la braga y se la pasó por la cara, oliéndola como un perro huele el rastro de su presa. Después se agachó, le separó un poco más los muslos y con su dedo índice dibujó un círculo en su vello púbico. Enseguida, con un movimiento rápido e inesperado, le metió los dos dedos juntos, hasta atrás, y sus dedos no estaban colocados como quien señala una dirección, sino en forma de cuchara, para que le doliera más. Nicoletta hizo una mueca de dolor y se tapó la boca, para que no la oyeran, en caso de que se le escapara algún grito. Ese gesto de ella casi lo vuelve loco. Disfrutaba las expresiones de dolor y horror en la cara de su víctima. Se quitó los pantalones, sacó un preservativo y le pidió que se lo pusiera. Ella primero le dijo que se lo pusiera él, pero después temió que no lo hiciera bien, y con cara de pocos amigos lo sacó del sobre sellado, le pidió que se acostara boca arriba y se lo puso bien puesto. Nicoletta le dijo:

—Rodrigo, cuando te corras, cuando te vengas se acabó. A lo que él contestó sarcásticamente.

—Por supuesto, tú sabes que soy un caballero.

Ella pensó para sí que se emplearía a fondo para que aquel cabrón acabara lo antes posible. Tipos más duros no le aguantaban un round, cuando ella quería. Bailando era conocida por ser la chica que mejor sabía mover las caderas, y en el sexo no era una excepción.

Él fue a agarrarla por las caderas, para ponerla debajo, pero ella le puso el dedo en la boca y le hizo señas para que se dejara llevar, y forzando una sonrisa, miró tímidamente su reloj.

Como no estaba excitada, le resultaría un poco difícil y hasta doloroso. Se puso a horcajadas encima de él, abrió las piernas le agarró el miembro, el cual, aunque de dimensiones medianas, estaba perfectamente erecto, se elevó unos centímetros y se lo introdujo, bajando poco a poco, aprovechando el escaso lubricante del condón. Nicoletta no dejaba ni que la tocara. Cuando tomó el control de la situación y notó que el pene no tenía una dimensión tal como para hincarla y hacerle daño en su interior, empezó a mover sus caderas libremente, dejando que le entrara y saliera. Gimió un momento, fingiendo que le gustaba, para excitarlo más. No había repetido el movimiento ni cuatro veces, cuando lo oyó gemir. Esperó a que terminara de correrse, y cuando vio que había acabado, se retiró. Volvió a mirar su reloj con discreción y comprobó que desde el momento que se la metió hasta que él se corrió había pasado menos de un minuto. A pesar de lo desventajoso de la situación, Nicoletta conservaba su orgullo de chica guapa, que sabía hacer de todo en la cama, o en el suelo, o donde fuera y de forma experta. Seguía siendo aquella por la cual los hombres se volvían locos.

Por suerte no había sido larga la tortura. Mientras él se quitaba el preservativo ella se vistió con rapidez y salió de la cátedra de química. Dos minutos después, salió él, con cara de hombre sexualmente satisfecho.

Y tenía razón para estarlo, pensó Karen, mientras apagaba la cámara de su móvil. No todos los días un imbécil como él se cepillaba a una diosa.

Karen salió de aquel lugar, sin ser vista por nadie. Ahora comenzaba lo bueno, el trabajo de corte y edición, y la esperanza de que a aquel tipejo le quedaran pocos días en la escuela.

Dos días después, Rodrigo fue expulsado del colegio y del Ministerio de Educación. No solo perdió su puesto como director, sino que le impidieron ejercer de por vida, por tener sexo con una estudiante dentro de la

escuela.

Karen se alegró por Nicoletta. Al fin y al cabo, con sus luces y sus sombras, también era una mujer. Y ella, sin dudas, habría sido la próxima víctima.

Fin